

DIEGO CÓRDOBA, EL DIPLOMATICO Y POLÍTICO

Nuestra hermana República de Venezuela, por acuerdo de su digno Presidente de la Junta de Gobierno, contralmirante Larrazábal, ha tenido el acierto de acreditar como su embajador plenipotenciario en México a una de las figuras más relevantes del mundo intelectual latinoamericano, Diego Córdoba. Poeta, historiador de nutridas documentaciones que blande su pluma con la absoluta probidad de quien se respeta a sí mismo y es devoto de la verdad; ensayista que viste la simiente de sus ideas con la túnica elegante de un estilo, que se distingue por su armonía y precisión; Córdoba es un dignísimo hermano de esas dos cumbres de la literatura venezolana contemporánea: Rómulo Gallegos y Andrés Eloy Blanco, cuyos nombres tienen perennidad en el campo infinito de la historia literaria de Hispanoamérica.

Diego Córdoba es de esos valores que parecieran esconder sus cualidades dentro de una modestia que no aconsona con sus méritos. Así es el hombre, ese es su perfil. Para conocerlo precisa adentrarse en él, interpretar su espíritu del más aristocrático humanismo; aquilatar su vida ciudadana de la más enérgica dignidad, y leer sus libros, hijos de su sólida cultura y de un fino talento de artista. Sobre todo, el principal de ellos: *Miranda, soldado del infortunio*, la más bella y justiciera obra que se ha escrito sobre el impiamente olvidado abuelo de la libertad americana, don Francisco de Miranda.

Pero de esta biografía admirable nos ocuparemos en artículo posterior. Ahora hablaremos del patriota, cuya gallardía es de paradigma.

* * *

Andrés Eloy Blanco, su digno amigo, decía de él: “Es una austeridad y al mismo tiempo lírica encarnación del decoro civil ameri-

cano; porque cuando se pronuncia la palabra barbarie y se mira a Diego Córdoba, se cree en la palabra cultura.”

Y no sólo eso, agregamos, sino que también se piensa en la dignidad humana, que es salvadora de la libertad de nuestros pueblos. Cada vez que en América ha habido un atentado contra la independencia de nuestros estados, Córdoba ha dejado oír su voz de protesta. Claro está, comenzando por su patria. Siendo aún estudiante de Derecho, abandonó Venezuela para no tolerar ni con su sola presencia el régimen más abominable que registra la historia de América: el de Juan Vicente Gómez. Y se fue a vivir en el destierro, a los Estados Unidos, a Cuba y a México, donde pasó dieciséis años dedicado al periodismo, las letras y la cátedra de literatura y de historia americana, en las que es un señor maestro.

Muerto el execrable tirano, tornó a Caracas e ingresó en la carrera diplomática, para representar a Venezuela en Argentina, Paraguay, Guatemala, México... y por último en Bélgica, donde tuve el gusto de abrazar al dilecto y viejo amigo que honraba a su patria en la tierra de Memling y Verhaeren.

* * *

Entonces era dichoso, estudiaba, escribía, viajaba; es decir, daba reciedumbre a su personería literaria.

Pero luego vinieron para él los malos tiempos. Su tierra, la del Libertador por antonomasia, Simón Bolívar, conmovió al mundo con el derrocamiento de su Presidente Constitucional, el varón egregio que es prez y orgullo de las letras, de la política y de la ética hispanoamericana, Rómulo Gallegos.

El diplomático Córdoba, el amigo del Presidente caído, el vertical ciudadano, no vaciló. El no podía, no quería servir un solo instante al soldado traidor, y presentó su renuncia en los siguientes términos de soberbio decoro, que escribió a su camarada íntimo Eloy Blanco, entonces canceller del patricio derrocado:

“Señor ministro:

“De acuerdo con la conversación telefónica que acabo de sostener con usted, tengo a honra reiterarle mi renuncia del cargo de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de nuestro país en este reino de Bélgica.

“Motiva mi inquebrantable actitud el derrocamiento del Go-

bierno Constitucional del señor don Rómulo Callegos por un grupo de militares ambiciosos, en nombre de las Fuerzas Armadas, mismas fuerzas que al ser electo dicho ilustre magistrado a la Presidencia de la República, proclamaron su triunfo legítimo.

“Ante la tragedia del pueblo venezolano, donde un ejército irresponsable olvida sus obligaciones que le norma nuestra Constitución, es decir el respeto a las instituciones legales, yo que toda mi vida he combatido las usurpaciones de esta índole, desde los días de Juan Vicente Gómez, renunciaría a mis principios de ciudadano y a mi trayectoria de venezolano amante de la libertad y el derecho, si continuara al servicio del gobierno que acaba de constituirse en nuestro país. . .

“Salta a la vista que mí renuncia la elevo ante usted, a quien considero el verdadero ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela.”

(firmado) *Diego Córdoba.*

* * *

Este gesto, que era esencia de varonía y pulcritud ciudadana, le costó al dimitente completar los veintiséis años de exilio con que cuenta la historia de su vida.

Sólo quienes conocemos las horas acibaradas del proscrito, podemos apreciar lo que significa estar alejado de lo que es consustancial con nuestra vida.

Dejar la casa familiar, de un golpe, a las veces huyendo para marchar al encuentro de un ignoto porvenir, en un país extraño donde gentes, costumbres, clima, horizonte y paisajes interiores son distintos y distantes de los nuestros, es terrible y en ocasiones deprimente y agobiador. Y, sin embargo, todo lo afrontamos con decisión y valentía, antes que falsificar nuestra vida, antes que sobreponer un interés material al propio decoro, que es el eje de nuestros actos, el amo de nuestro ser espiritual, el que debe manejar nuestro porvenir para hacerlo honorable y por lo mismo feliz. Porque el hombre de honor no concibe la dicha dentro de una posición cómoda a base de la claudicación de sus propias convicciones.

* * *

Este fue el caso de Diego Córdoba. ¿Qué le importaba al varón íntegro ir a pasar sinsabores, inclusive los del hambre, si estaba

en paz con su conciencia que era su tribunal, el que al fin había de sentenciarlo a la vergüenza de sí mismo o a la ventura de su propio corazón?

Servir a Juan Vicente Gómez, que había transformado a Venezuela en una ergástula oprobiosa de lodo, sangre, tormentos, delaciones de padres a hijos y de hermanos contra hermanos, que trocando a la nación insigne de Simón Bolívar en un feudo que era prisión y cloaca moral y política, eso que se quedara para los serviles, no para él que es un hombre libre. Por eso *El Universal* de Caracas llamó a Diego Córdoba el "benemérito del exilio". Y tampoco había de servir al tiranuelo Pérez Jiménez, que estaba vendiendo al extranjero codicioso la soberanía nacional y asesinaba a las personas lo mismo que la democracia y la libertad.

Por eso Diego Córdoba, el Quijote diplomático y político plantó aquí en nuestro México su tienda trashumante, en donde a veces tal vez faltó el pan pero nunca la ventura que lleva el verdadero hidalgo, quien cumple con rigor tesorero el único capital que lo salva ante sí mismo, ante su patria y ante la historia, su siempre erguida e incorruptible dignidad humana...

... Historiadores insignes han escrito sobre don Francisco de Miranda. El clásico don José Manuel Restrepo, el erudito don Vicente Lecuna, José Gil Fortoul, el talentoso Mariano Picón Salas y el benemérito Parra Pérez que rescató para Venezuela y para la historia de nuestra América los papeles del Precursor, nutridos y valiosísimos. Pero quizá ninguno haya escrito algo superior por su apretada síntesis al pequeño gran monumentos sobre el Precursor: *Miranda. Soldado del Infortunio*.

Obra de paciente investigación histórica, de sabia erudición y de juicios equilibrados que llevan en su espíritu crítico la reverencia y la veneración de un justo y de un gran bueno, como es Córdoba, por el mártir, el gran diplomático, guerrero, maestro y progenitor de las ideas libertarias del continente hispánico. Córdoba, donoso artifice de la lengua cervantina, cuyo estilo es ceñido y rico, ha hecho lo suyo respecto al héroe, pero su patria y la América todavía no. Porque don Francisco de Miranda está esperando los broncees que lo glorifiquen no sólo en su tierra sino en todas las tierras del Continente.

México que ha honrado a los héroes epónimos del Nuevo Mundo, como Bolívar, Washington, José Martí, Sucre y el general San

Martín —aparte de los nuestros—, no tiene todavía una estatua, ni siquiera una estela que representen la pleitesía que debemos rendirle en esa forma simbólica a aquél inmortal impiamente olvidado.

Ojalá y la Venezuela libre que ha surgido briosa a encaminar sus destinos por las nobles vías de la cultura y la democracia, decidiera dar a conocer en un gran tiraje popular que se difundiera por todos los ámbitos del mundo hispánico, el bellissimo libro que enseña y deleita: *Miranda. Soldado del Infortunio*, para que así nuestra querida hermana del sur realizara un doble acto de justicia: al Precursor y a Diego Córdoba, el artista que esculpió su admirable estatua hecha verbo.

(*Excelsior*, 11 de agosto de 1958.)